

LA UNIDAD DEL ESPÍRITU

Y

LA UNANIMIDAD





ISBN Obra independiente:

©Todos los derechos de esta obra son propiedad intelectual del autor-editor registrado en el ISBN respectivo.

El libro puede ser descargado para ser leído en un teléfono celular, en una tableta o un computador.

Se ruega a los lectores no modificar ninguna de las partes del libro.

Cualquier inquietud puede comunicarse al whatsapp 57 3002928232.

www.las-primicias.com.

CONTENIDO

LA UNIDAD DEL ESPÍRITU 6

Un cuerpo	13
• La unidad católico-romana	13
• La unidad católico-ortodoxa	16
• La unidad de las iglesias protestantes	20
• La unidad de la iglesia anglicana	23
• La unidad del recobro	24
Un Espíritu	35
Una esperanza	37
Un Señor	43
Una fe	48
Un bautismo	57
Un Dios y Padre	64

LA UNANIMIDAD 67

El vivir de la iglesia	69
------------------------------	----



LA UNIDAD DEL ESPÍRITU Y LA UNANIMIDAD

Las iglesias cristianas en las tres ramas del cristianismo —catolicismo romano, catolicismo ortodoxo y protestantismo— presumen todas de haber sido fundadas por Jesucristo y de ser la iglesia única y guardar la unidad, pero en este bolsilibro vamos a mostrar cómo es la genuina unidad de la iglesia y cuál es la iglesia que el Señor estableció.

En el libro *¿Cuál Iglesia?* el Señor, mediante revelación de Su palabra en nuestro espíritu, nos ha mostrado que todas las iglesias cristianas son en verdad iglesias fundadas, organizadas y dirigidas por hombres y

que, a pesar de ser millones en la tierra, ninguna de ellas ha sido establecida por Dios y ninguna tiene el más pequeño parecido con la iglesia que el Señor anheló desde la eternidad pasada y que estableció con la venida del Hijo en carne y manifestó el día de Pentecostés¹.

En consecuencia, ninguna de los millones de iglesias cristianas que hay en la tierra es la iglesia del Señor y Él no está en ninguna de ellas.

Así es como quiere mostrarnos en este pequeño bolsilibro cómo es la unidad que el Señor ha establecido y cómo se puede llegar a esa unidad que es agradable a Sus ojos.

LA UNIDAD DEL ESPÍRITU

Comenzamos con un pasaje bíblico que nos habla acerca de la unidad del Espíritu: “**diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz**” Efesios 4.3.

El Espíritu Santo por medio de Pablo pide a los hijos de Dios que seamos diligentes, es decir, que pongamos todo empeño en guardar la unidad del Espíritu. Esto quiere de-

1. Puedes encontrarlo en la página www.las-primicias.com.

cir que la genuina unidad se da solamente en el Espíritu, solo el Espíritu Santo es capaz de cohesionar a los hijos de Dios para ser uno.

Aunque Dios se manifiesta como tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo, en verdad Él es solamente uno. Esto quiere decir que el Padre es Dios completo, no un tercio de Dios; que el Hijo es Dios completo, no una porción de Dios y que el Espíritu Santo es Dios y no una fracción del Dios único y verdadero, entonces como Dios es uno y únicamente uno, la iglesia que es Su cuerpo, la manifestación de Dios debe ser una y únicamente una.

Esta es una prueba contundente de que ninguna de las organizaciones e iglesias cristianas es de Dios, ni pertenecen a Él, porque por más que se proclamen en unidad, nunca lo han logrado a través de los siglos de su existencia.

Para llegar a ser la iglesia en unidad es necesario que quienes hacemos parte de ella, seamos diligentes en guardar la unidad del Espíritu; este es el único requisito para llegar a la unidad.

No se puede edificar la unidad en

torno a un líder: el papa, un patriarca, un pastor o cualquier nombre que tengan los líderes de las iglesias cristianas. Nunca se logrará la unidad siguiendo a un hombre que se ha encumbrado como líder de la iglesia.

Tampoco puedes lograr la unidad de la iglesia afiliándote a cualquiera de los millones de organizaciones llamadas iglesias que existen hoy sobre la tierra.

No se logra la unidad de la iglesia siguiendo y creyendo determinadas doctrinas o enseñanzas, que en la mayoría de los casos se basan aparentemente en la Biblia, pero que son invenciones mentirosas de los hombres influidos por satanás.

La única manera de lograr la unidad en la iglesia del Señor, es siendo diligente en guardar la unidad del Espíritu, pero ¿en qué consiste guardar la unidad del Espíritu?

Para que logres dilucidarlo es necesario que te dispongas a poner tu mente en tu espíritu humano, donde mora Dios como el Espíritu Santo y que le ruegues al Señor que te conceda un espíritu de sabiduría y de revelación, con el fin de que puedas

conocerlo a Él, Su persona, su plan y Su voluntad: “**para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de El**” Efesios 1.17.

Estando tu mente en el espíritu, el Señor te revelará cuál fue el propósito que tuvo con la creación del hombre, cuando nos dotó de un espíritu humano. El propósito que Dios tenía cuando creó al hombre con un espíritu humano fue el de propiciar que el hombre recibiera a Dios en ese espíritu y de esa manera mezclarse con Su criatura y a la vez hacer al hombre uno con Dios.

Como todos sabemos, Adán escogió mezclarse con satanás cuando, en lugar de comer del árbol de la vida que representa a Dios, comió del árbol de la ciencia del bien y del mal y por medio de ese árbol se unió a satanás recibiendo en su ser la naturaleza diabólica que se llama el pecado.

Por eso Adán perdió la gloria de Dios, fue echado del Huerto de Edén donde podía tener comunión continua con Dios y todos los que descendemos de él —toda la humanidad— nacimos con esa condición de

pecadores y separados de Dios.

Aunque en apariencia, satanás ganó la pelea, Dios no puede ser derrotado ni burlado y menos por una de Sus criaturas. El Señor para restablecer Su plan, en el tiempo se hizo hombre en Jesús, tomó carne y sangre en Él, murió en la cruz y mediante ella acabó con la obra que satanás había desarrollado a lo largo de 4.000 años, nos liberó de sus garras y resucitó. Cuando resucitó vino y se mezcló con el espíritu humano, pero no de todos los hombres, sino de aquellos que Él había escogido antes de la fundación del mundo, y formó así Su iglesia, Su cuerpo que había planeado desde la eternidad, para que lo contenga y lo exprese.

Todos los hijos de Dios que Él escogió y predestinó desde la pasada eternidad, que llamó, justificó y glorificó en el tiempo, somos parte de Su iglesia y el Señor desea que lo expresemos: **“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”** Romanos 8.29-30.

No obstante que el Señor nos escogió y nos predestinó en la eternidad, que en el tiempo nos llamó, justificó y glorificó y la noche de Su resurrección entró en nosotros como el Espíritu Santo, la mayoría de Sus hijos no saben guardar la unidad del Espíritu, porque no siguen al Señor, sino a líderes, organizaciones y doctrinas.

El Señor entonces viene a llamarnos y a pedirnos que seamos diligentes en guardar la unidad del Espíritu. Para guardar esa unidad, es necesario que nos habituemos a poner nuestra mente, nuestro pensamiento, en el Espíritu: **“Porque los que son según la carne ponen la mente en las cosas de la carne; pero los que son según el espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz”** Romanos 8.5-6.

Una vez que ponemos la mente en nuestro espíritu se da la realidad de guardar la unidad del Espíritu que consiste en que, en nuestro espíritu humano, ahora regenerado, porque hemos creído en el Señor Jesús y lo hemos recibido, somos uno con Dios Espíritu que mora en nuestro espíritu.

Cuando eso es real, cuando guardamos la unidad del Espíritu siendo diligentes, entonces ejercitamos las tres funciones del espíritu humano: comunión, intuición y conciencia.

Cuando ejercitamos la comunión tenemos un mutuo fluir de todas las riquezas del Señor hacia nuestro corazón, riquezas que están conformadas por lo que el Señor es —Sus atributos— lo que Él tiene —un sin-número de virtudes— y Su obra de redención.

En la medida que tenemos un disfrute permanente de esas insondables riquezas, crecemos, maduramos y producimos frutos para que Él disfrute y se deleite, porque los frutos son el resultado de Su trabajo permanente en cada uno de Sus hijos.

En la intuición, que es otra de las funciones con las que el Señor dotó al espíritu dentro del hombre, nos permite tener revelación de la persona de Dios, de Su plan, de Su voluntad y Sus deseos: **“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios”** 1

Corintios 2.9-10.

La tercera función de nuestro espíritu humano es la conciencia y ella nos indica si nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros hechos agradan o no al Señor. Si tenemos una conciencia limpia viviremos en paz con Dios, con los hombres y con nosotros mismos. A eso se refiere Efesios 4.3 cuando dice que seamos diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

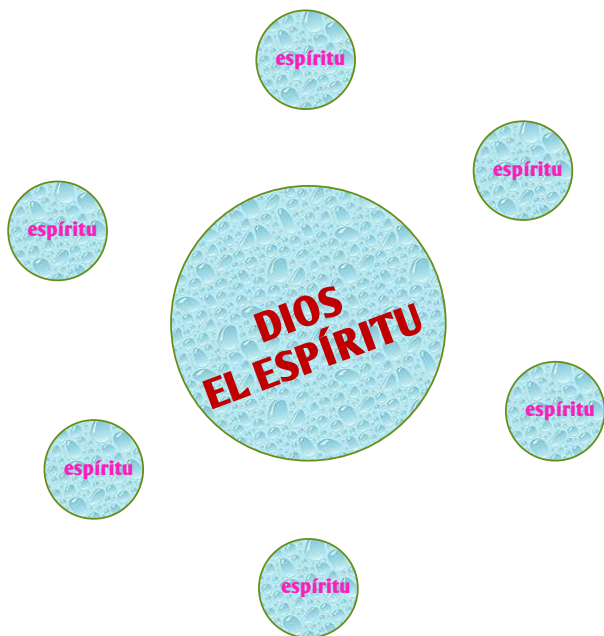
¿Cómo se guarda la Unidad del Espíritu?

Para intentar comprender el asunto de guardar la unidad del Espíritu, trataremos de explicarlo por medio de unos gráficos sencillos:

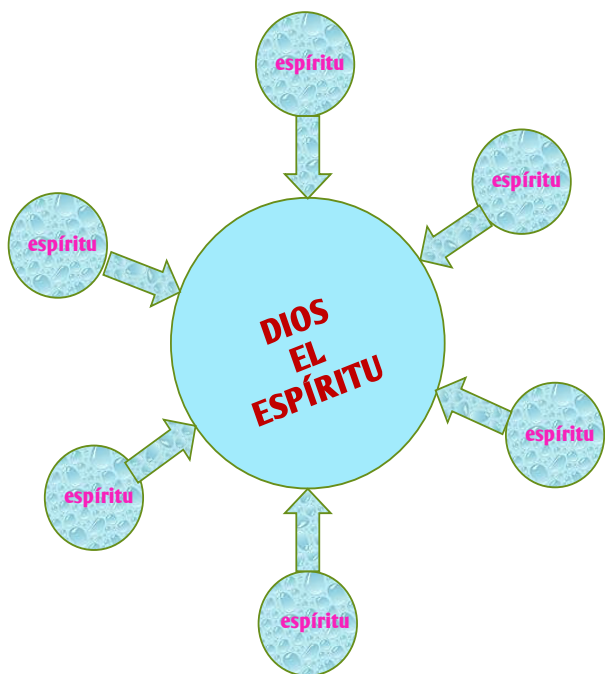
En primer lugar vamos a considerar que el círculo azul representa a Dios, que es Espíritu.



Ahora, colocamos alrededor del círculo que representa a Dios, unos círculos más pequeño que representa el espíritu humano de todos y cada uno de los creyentes.



Luego trazamos sendas flechas que van desde el espíritu humano de los hijos de Dios, hasta el círculo que representa a Dios, indicando que cada creyente es uno en su espíritu humano con Dios, que es el Espíritu Santo.



Finalmente los círculos pequeños, representantes del espíritu de todos y cada uno de los creyentes, están dentro del gran círculo que representa a Dios, indicando la unidad del Espíritu de Dios con cada creyente y del espíritu de cada creyente con Dios. En esto consiste “ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu”. La genuina unidad de la iglesia se logra solamente cuando cada uno de los creyentes es diligente en guardar la unidad del espíritu.



Con estos sencillos gráficos estamos representando la realidad de guardar la UNIDAD DEL ESPÍRITU, y el Señor quiere mostrarte que este es un asunto personal e individual, no es colectivo, lo cual quiere decir que, cada uno de los hijos de Dios debe ser diligente en guardar la unidad en su espíritu humano, con Dios que es Espíritu. Para eso el Señor puso un espíritu humano en ti, para que seas uno con Él que es Espíritu.

Esto quiere decir que nadie puede guardar la unidad del espíritu por ti, y tú no puedes guardarla por otra persona. Es un asunto personal entre

tú y el Señor, y guardar esa unidad consiste sencillamente en poner la mente en el espíritu, en pensar permanentemente en las cosas del Espíritu.

Cuando tú piensas en el Señor, en Su persona y en Su obra, y lo disfrutas, estás siendo diligente en guardar la unidad del Espíritu, estás viviendo en el espíritu y eres un creyente espiritual, que agradas al Señor.

Cuando los hijos de Dios son diligentes en guardar la unidad del Espíritu, se manifiesta la unidad en todos los aspectos de la iglesia, de los que habla Efesios 4.4-6: “**un Cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos**”.

Un cuerpo

La primera manifestación proveniente de la diligencia de guardar la unidad del Espíritu, es la existencia de un único cuerpo.

- *La unidad católico-romana*

El catolicismo romano, a pesar de que se proclama como una iglesia que es una, apostólica y romana, basa su

unidad en su estricta y rigurosa jerarquía, encabezada por el papa, que gobierna todas las iglesias católicas que hay alrededor de la tierra, en 206 países, pero ni sus clérigos ni sus laicos tienen la más mínima idea de qué es guardar la unidad del Espíritu.

El papa, asesorado por los jerarcas que son subordinados de él, llamados cardenales, arzobispos, obispos y curas, ejerce una tiránica y absoluta dictadura sobre ellos y sobre los más de mil millones de feligreses que son sus prisioneros en buena parte de la tierra habitada.

Sus doctrinas, enseñanzas y prácticas son establecidas, en primer lugar, por los concilios ecuménicos, que son asambleas convocadas y presididas por el papa y conformadas por los obispos y arzobispos que existen en los distintos países, los que a la vez son nombrados por el papa. La iglesia católica romana ha tenido en total 21 concilios. Los tres primeros —Nicea, Constantinopla y Éfeso— fueron convocados en los siglos IV y V por el emperador romano de turno. A partir del siglo VI, donde se estableció el papado como institución, los concilios han sido convoca-

dos por el papa.

También son establecidas las doctrinas, enseñanzas y prácticas a través de lo que el papa dice *ex cátedra* que son plasmadas en las encíclicas, que cada papa produce como soberano absoluto de esa iglesia y que una vez promulgado es dogma de fe de obligatorio cumplimiento por parte del clero y de los laicos, so pena de expulsión para los primeros y de excomunión para los laicos.

De otro lado, la iglesia católica tiene en su organización instituciones encargadas de estudiar y promover sus doctrinas, y sus determinaciones son de obligatoria aceptación para todo el clero, a tal punto que, aquello que los curas dicen y enseñan en cada misa y en los demás ritos, han sido previamente establecidos por el Vaticano y debe ser acatado mediante un voto que han hecho antes de ser ordenados sacerdotes, que se llama voto de obediencia.

Como tú, apreciado lector puedes colegir, en esa falsa unidad católica, no encontrarás por ningún lado el Espíritu Santo, guardando la unidad.

Aunque el catolicismo romano en

todos sus ritos nombra al Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, no tienen idea de quién es Dios, no conocen al Padre, ni al Hijo y menos al Espíritu Santo, ni el Señor Dios está en medio de ellos, porque esa iglesia apóstata y mentirosa con sus miles de ídolos, en verdad es una ferviente adoradora y servidora de satanás el diablo, de los ángeles caídos, los demonios y los hombres y mujeres elevados a la estatura de santos, santas, vírgenes y beatos, como fiel representación de los ídolos —dioses— adorados por el paganismo antiguo de todas las épocas. La iglesia católica es la continuación del imperio romano, especialmente en el campo religioso y tomó todos sus dioses y los convirtió en santos y vírgenes para ser adorados por los clérigos y los laicos.

- ***La unidad católico-ortodoxa***

Como el lector recordará, en el siglo XI se produjo un cisma católico y esa iglesia se dividió en dos ramas: la católica romana de occidente y la católica ortodoxa oriental.

La iglesia católica ortodoxa de oriente, extendida actualmente en 43 países, está conformada por 15 igle-

sias autocéfalas, lo que quiere decir que tienen un gobierno autónomo, proclaman que Jesucristo es su cabeza, pero eso no pasa de ser una proclamación charlatana, porque tienen 15 cabezas cuyos titulares reciben el nombre de patriarcas, que son émulos del papa romano a quien no reconocen como cabeza de sus iglesias.

Las iglesias católicas ortodoxas son en total 47, generalmente identificadas por el país donde tienen asiento y afiliadas a las 15 iglesias autónomas —algunos reconocen solamente 14— y autocéfalas, de acuerdo con la región donde están.

Al igual que la iglesia católico-romana pretenden mantener la unidad doctrinal y de prácticas de culto por medio de los concilios, de los que admiten 7 en su historia.

A cambio de la iglesia romana, los ortodoxos no admiten órdenes ni congregaciones y su gobierno emana del patriarca de cada una de las 15 iglesias autocéfalas, patriarca que tiene el grado de arzobispo. En orden jerárquico siguen los obispos y los diáconos y presbíteros constituyentes del nivel jerárquico más bajo

dentro del clero. Debajo de estos, lo mismo que el catolicismo romano, está el laicado, conformando así un sistema clérigo-laico similar al del catolicismo romano.

Las doctrinas, enseñanzas y prácticas están determinados, en primer lugar, por los 7 concilios ecuménicos que admiten; por las determinaciones que se tomen en reuniones de los 14 ó 15 patriarcas, quienes definen todo lo concerniente a la fe que practican, y sus determinaciones son de obligatorio cumplimiento para sus clérigos y laicos.

Las diferencias con la iglesia romana son muy pocas en cuanto a cultos y prácticas. Adoran un sinnúmero de santas, santos y vírgenes, diferenciándose con la iglesia romana, en que las iglesias ortodoxas no tienen imágenes tridimensionales, es decir, han erradicado las estatuas de yeso, madera y metal y a cambio sus ídolos son bidimensionales—de dos dimensiones—, en pinturas, lienzos, vitrales y estampas.

En lo relativo a las fiestas son similares a las celebradas en la iglesia romana occidental, con la diferencia

de que no se rigen por el calendario gregoriano, propio de la iglesia romana, sino que optan el calendario juliano, cuyas fechas difieren en unos pocos días. Por ejemplo, mientras la celebración central de la navidad en la iglesia occidental es el 25 de diciembre, la ortodoxa oriental la celebra el 6 de enero, es decir 12 días después.

Otra diferencia entre los dos catolicismos es que los clérigos de menor jerarquía —diáconos y presbíteros— pueden casarse, pero si llegan a divorciarse, en adelante deben guardar un estricto celibato, mientras que los clérigos de la iglesia occidental deben observar un tirano celibato que los conduce a cometer las más grandes aberraciones en su vida sexual, como es bien conocido por la información en periódicos, revistas y documentales televisivos, divulgados especialmente en este siglo XXI².

Como el lector podrá apreciar, en esta iglesia cristiana tampoco existe la unidad del Espíritu y el Señor Dios

2. Si quieres tener una información más precisa de las aberraciones sexuales que practica el clero romano occidental te recomiendo la lectura del libro *Sodoma* del escritor, periodista e investigador francés *Frédéric Martel*. Lo encuentras en Internet: www.espaebook.com

tampoco se asoma a una iglesia que ha sido establecida por hombres y que es gobernada absolutamente por ellos.

- *La unidad de las iglesias protestantes*

Las iglesias protestantes, conocidas también como iglesias evangélicas, tienen una forma de gobierno muy distinta a las dos iglesias católicas, pues se puede afirmar que cada congregación es autónoma en sus decisiones y el gobierno está a cargo de un líder que se llama pastor o reverendo o enviado de Dios o ungido de Dios o doctor o apóstol o profeta, entre otras denominaciones.

Entre esas iglesias hay algunas que pertenecen a organizaciones de carácter regional, nacional o continental y se llaman iglesias denominadas, algunas se conocen como misiones; mientras que otras son totalmente independientes y se llaman grupos libres.

Los líderes de las iglesias evangélicas en algunos casos son ordenados como pastores en un instituto bíblico, y luego son nombrados pastores o ayudantes de pastores en un pueblo

pequeño o en un barrio de una ciudad.

En otros casos, el líder surge espontáneamente de un hombre que se dedica a predicar “el evangelio”, a convencer a personas que se constituyen en sus seguidores y una vez constituida la “iglesia” espontáneamente erigen al predicador como líder y lo llaman pastor. En la medida que el grupo crece, el líder va tomando títulos más rimbombantes como profeta, apóstol, doctor, reverendo y otros.

Casi siempre el líder tiene un cuerpo de asesores, que toma distintas denominaciones, tales como cuerpo gobernante, presbiterio, ancianos, hermanos responsables, diáconos, hermanos de servicio, cuerpo que supuestamente es cogobernante con el líder, pero que en verdad están sometidos a él, constituyéndolo en un gobernante autócrata, que impone a la “iglesia” sus criterios, sus puntos de vista y sus caprichos.

El líder de la iglesia afirma que sus prácticas, su fe y sus enseñanzas son estrictamente ajustadas a la Biblia, que la cabeza de la iglesia es el Señor

Jesucristo y que él solamente es su siervo, su ungido, su llamado y su esclavo. Por supuesto, esta afirmación es una inmensa falacia.

Para tratar de demostrar que eso es cierto, el líder basa su hablar en algún(os) pasaje(s) de la Biblia y afirma que esa es la palabra de Dios, pero, ese líder basa sus enseñanzas en la letra de la biblia, sin lograr una revelación mínima y una visión que venga del Espíritu Santo, debido a que el líder no sabe cómo buscar revelación y visión del Espíritu y el Señor nunca revelará nada a quien vive en esas condiciones. El Señor ni siquiera se acerca a esos grupos, porque Él solamente está donde Sus hijos le permiten ser la cabeza de Su cuerpo.³

Como puedes ver amigo lector, la unidad de las iglesias evangélicas tiene como base la pertenencia de los feligreses a un líder humano, a una organización y a las doctrinas y prácticas de la “iglesia” pero no es la unidad del Espíritu Santo. Entre los líderes y feligreses no hay diligencia para guardar la unidad del Espíritu

3. Te recomiendo leer el libro El Evangelio Genuino y el Evangelio Pervertido, publicado en la página www.las-primicias.com

Santo.

- *La unidad de la iglesia anglicana*

No podemos pasar por alto otro grupo que conforma el cristianismo y que se conoce como la iglesia anglicana, “iglesia” que tiene como cabeza al monarca inglés —no al Señor como debería ser— y que espiritualmente está regentada por el arzobispo de Canterbury, quien es designado por el monarca inglés, con el consejo del primer ministro de ese país.

Las doctrinas del anglicanismo son tomadas de las doctrinas católicas de la iglesia romana y en algunos casos de la reforma planteada en el siglo XVI por Martín Lutero y John Calvino.

De la misma manera que el resto del cristianismo, la unidad de la iglesia anglicana tiene como base la organización humana y no hay ninguna unidad del Espíritu, de donde emana la genuina unidad de la iglesia.

A diferencia de los otros credos cristianos, entre sus líderes, la iglesia anglicana admite el matrimonio de sus ministros, pero tiene un sello

mayor de degradación, consistente en que sus ministros pueden ser homosexuales.

- ***La unidad del recobro***

Hay otro grupo de cristianos que han surgido en el siglo XX y que se han extendido por buena parte de la tierra y es el llamado “Recobro del Señor” o “Iglesias Locales”.

Surgió este grupo con un creyente chino llamado Watchman Nee, quien consideró que las iglesias evangélicas no eran del Señor y que en cada ciudad solamente debería haber una iglesia y a esos grupos les llamaron la iglesia local.

Watchman Nee fue apresado en 1952 y no pudo continuar con su “ministerio”, entonces fue remplazado por otro chino llamado Witness Lee, quien debido a la persecución del régimen maoísta en China, se ubicó en Taiwán, después fue a los Estados Unidos y desde allí trató de irradiar la iglesia local hacia el resto del mundo.

A la par con él, surgió en Sudamérica otro chino llamado Dong Yu Lan, quien pretendió ser el sucesor

de W. Lee y cuando este murió, quienes siguieron el ministerio en Norteamérica lo rechazaron y quedó, la pretendida única iglesia, dividida en dos facciones irreconciliables, cada una satanizando a su oponente.

Dong Yu la murió en 2017 y pocos años después, sus hijos Pedro y André, tomaron una porción y la otra quedó en manos de los hermanos Ma, Solomon y Miguel, quienes habían sido ayudantes de Dong Yu Lan.

En resumen, la pretendida unidad de la iglesia local en el tiempo presente tiene tres facciones irreconciliables, que se excluyen mutuamente, y cada una por su parte alega ser la única iglesia que Dios reconoce en la tierra.

Los seguidores de Witness Lee afirman que el único ministerio válido sobre la tierra es el que dejaron Watchman Nee y Witness Lee y no admiten ninguna enseñanza en sus iglesias, distinta a las impartidas por estos dos paladines. Para soportar el ministerio tienen una organización que se llama Living Stream Ministry, en el que publican solamente libros de Nee y Lee. Ellos siguen a dos

muertos, es decir, son necrólatras.

Gobiernan las iglesias con los parámetros establecidos por los dos precursores y, aparentemente basados en la Biblia, en cada iglesia local tienen “**hermanos responsables**” que son émulos de los ancianos mencionados en el Nuevo Testamento y a los aspirantes a diáconos les llaman “**hermanos de servicio**”⁴. Como el lector podrá concluir no hay ningún asomo de unidad genuina en esos grupos, que podemos enmarcar dentro del degenerado cristianismo.

Todos esos grupos que hemos tocado tangencialmente y que hacen parte del cristianismo, son las hijas de la ramera a que se refiere Apocalipsis 17.5: “**y en su frente un nombre escrito: MISTERIO, BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA**”

Una vez que hemos visto, de manera sucinta, las pretendidas unidades de las distintas vertientes cristianas, podemos adentrarnos en el Espíritu para que nos muestre la realidad de “**un solo cuerpo**” proveniente de la diligencia que los hijos de Dios tenemos

4. Te recomiendo la lectura del bolsilibro ***El Liderazgo y el Gobierno de la Iglesia*** publicado en www.las-primicias.com

en el asunto de guardar la unidad del Espíritu.

El Señor compara a la iglesia con el cuerpo humano: **“Porque, así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo; siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo. Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo Cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos”** 1 Corintios 12.12-14.

De acuerdo con este versículo el Cuerpo es el Cristo y está conformado por muchos miembros. En el cuerpo humano la cabeza, que es un miembro más del cuerpo, es quien dirige y orienta a los demás miembros, luego la cabeza es el miembro más importante.

Igualmente, el Cuerpo de Cristo, que es la iglesia y que a la vez es EL CRISTO, está conformado por muchos miembros que son todos aquellos hombres —varón y hembra— que el Señor escogió y predestinó en la eternidad pasada y que en el tiempo llamó, glorificó y justificó, que además regeneró e hizo nacer de nuevo por medio de recibir al Señor Jesús, creyendo en Su nombre.

Pero además de los muchos miembros que hay en el cuerpo de Cristo, existe uno especial que es la Cabeza y esa Cabeza es Jesús encarnado, viviendo Su humanidad, siendo muerto en la cruz, resucitado, ascendido y glorificado.

Así como en el cuerpo humano ningún miembro puede desempeñar sus funciones si no está conectado y unido a la cabeza, lo mismo ocurre en el Cuerpo de Cristo, la genuina iglesia, ningún miembro puede vivir ni actuar si no está en continua y permanente comunión con la Cabeza, que es el Señor Jesús el Espíritu.

Esta es la razón por la que el Espíritu nos ha escrito por medio de Pablo, estos versículos que nos hablan de la única comunión, la comunión que es capaz de producir la unidad del Espíritu: **“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor”** 1 Corintios 1.9.

Aquí está la causa de la división en que vive la totalidad de las iglesias cristianas: ninguno de los feligreses que hay en ellas vive en la única comunión a la que Dios llamó a Sus hijos: la comunión y el señorío del Hijo

Jesucristo.

Los laicos o feligreses o fieles de las iglesias cristianas viven bajo la comunión de su líder, llámese papa, cardenal, obispo, sacerdote o patriarca o pastor, reverendo, doctor, enviado, ungido, anciano, hermano responsable, diácono... pero ninguno de ellos vive la realidad de la verdadera comunión, que es la del Hijo Jesucristo nuestro Señor.

Por esta razón ninguna iglesia cristiana logrará llegar a, y vivir la verdadera unidad.

Si te encuentras matriculado en alguna de los millones de iglesias cristianas, es tiempo de que pongas tu mente en el Espíritu, le ruegues al Señor que te dé revelación y visión y que te enseñe a seguirlo a Él y solamente a Él. Si no lo haces vas a perder todo y a tener mucha aflicción que desde hoy podrías evitar.

Volviendo al pasaje que transcribimos de 1 Corintios 12, el Señor dice que todos los miembros de la iglesia fuimos bautizados en un solo cuerpo, a pesar de ser muchos.

No importa si somos miles o miles

de millones, los hijos de Dios hemos sido introducidos —este es el significado del bautismo— en un mismo cuerpo⁵. Para Dios no puede haber sino un solo cuerpo, una sola iglesia.

La iglesia única no puede tener ningún nombre; no puede llamarse de tal santa, santo o virgen, no puede tener los nombres que tienen las iglesias evangélicas, porque los nombres dividen y separan a los pocos hijos de Dios que hay entre ellas.

El pasaje continúa diciendo que además de ser introducidos en un único cuerpo, se nos ha dado a beber de un mismo Espíritu. Existe solamente un Espíritu Santo, es el único Dios, y los hijos de Dios, los miembros de Su cuerpo, hemos bebido y bebemos todos, de ese único Espíritu y beber de ese único Espíritu hace que los miembros del cuerpo, aun siendo millones, seamos un solo cuerpo.

Pero además de beber del único Espíritu, debemos estar siempre en la comunión que es del Padre y del Hijo Jesucristo nuestro Señor: **“y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con Su Hijo Jesucristo”** 1 Juan 1.3. Esto quiere

5. Te recomiendo la lectura del bolsilibro ***El Bautismo*** publicado en la página: www.las-primicias.com.

decir que, si estamos en la comunión del Espíritu, en verdad estamos en la comunión del Padre y de Su Hijo Jesucristo.

Reiteramos que la comunión es el fluir de Dios hacia nosotros y de nosotros hacia Dios: Dios nos suministra todas Sus riquezas que son Su persona y Su obra de redención y nosotros le suministramos frutos que son el resultado de Su fluir en nosotros: **“Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”** Apocalipsis 3.20.

El Señor está hoy llamando a la puerta de tu corazón —espíritu y alma—, porque tiene un ferviente anhelo de encontrar en ti algo que Él pueda disfrutar. Esos frutos que tú puedes obtener para que el Señor disfrute, no son el resultado de tus colosales esfuerzos, ni de tus pequeños esfuerzos que haces para agradar al Señor, sino que son el resultado espontáneo del disfrute que tienes diariamente de todas las riquezas que Él ha colocado en tu espíritu humano.

Entre más disfrutas, serás más maduro y entre mayor madurez logres, más frutos abigarrados y

continuos tendrás para ofrecer y deleitar al Señor: “Yo soy la vid verdadera, y Mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en Mí no lleva fruto, lo quita; y todo aquel que lleva fruto, lo poda, para que lleve más fruto... Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer... En esto es glorificado Mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así Mis discípulos... No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca” Juan 15.1-2, 4-5, 8, 16.

En este mutuo fluir entre Dios y Sus hijos está la verdadera comunión: El Señor nos da todas Sus riquezas —Su persona y obra de redención— y nosotros le suplimos los frutos que producen nuestro disfrute del Señor.

Con este disfrute mutuo, nosotros disfrutando de las riquezas del Señor y el Señor disfrutando los frutos que ha ganado en nosotros, guardamos la unidad del Espíritu y espontáneamente se produce el primer uno: UN SOLO CUERPO.

Un Espíritu

Es el segundo uno que resulta de nuestra diligencia en guardar la unidad del Espíritu.

El Espíritu es uno y único, sin embargo, en las iglesias cristianas, debido a que predicán un evangelio pervertido, no tienen la realidad del único Espíritu que es el Señor, y el Espíritu Santo nos lo muestra por medio de los escritos de Pablo: **“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, se corrompan vuestros pensamientos, apartándose de alguna manera de la sencillez y pureza para con Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis”** 2 Corintios 11.2-4.

Todos los hijos de Dios estamos comprometidos con Cristo para casarnos en las Bodas del Cordero, pero Pablo previendo que satanás no se quedaría quieto, dijo que podemos ser engañados a través de nuestros sentidos, de la misma manera que el maligno engañó a Eva y Adán.

Los humanos somos almas vivien-

tes y nuestro ser —el alma— tiene dos órganos: uno interior que es el espíritu humano, con el cual podemos relacionarnos con Dios y uno exterior, el cuerpo, con el que podemos tener contacto con el mundo físico exterior, pero el que también usa satanás para desviarnos de la sencillez y fidelidad que debemos tener con el Señor Jesús.

¿Cómo puede darse esa desviación? El versículo 4 es muy claro al respecto: **“Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis”**.

En todas las iglesias cristianas hay un líder y/o un liderazgo que determina las creencias y las prácticas de cada iglesia y todos ellos predicán un Jesús distinto del que está en la Biblia, entregan un espíritu distinto al anunciado por el Señor y predicán un evangelio diferente, que de acuerdo con Gálatas 1 es un evangelio pervertido: **“Estoy maravillado de que tan pronto os estéis alejando del que os llamó en la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren per-**

vertir el evangelio de Cristo” vs. 6-7.⁶

Esto quiere decir que cuando un hijo de Dios sigue a un líder, cualquiera que sea su título, está lejos del Señor, está permitiendo que satanás con su astucia corrompa sus sentidos y lo aleje de la fidelidad, sencillez y pureza para con Cristo, perdiendo así la calidad de virgen pura y alejándose de la posibilidad de ser vencedor como las primicias, pues esa es una de sus características: “**Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va**” Apocalipsis 14.4.

Seguir a cualquier hombre, así sea un “*gigante espiritual*” lleva a los hijos de Dios a perder su carácter de virgen pura y nunca será un vencedor. Los vencedores además de ser vírgenes siguen al Cordero por donde quiera que va⁷.

El Espíritu Santo es uno y único y la revelación que Él da a los hijos de Dios es igualmente una y única: “**Por-**

⁶. Te recomiendo la lectura del libro *El Evangelio Genuino y el Evangelio pervertido* publicado en la página: www.las-primicias.com.

⁷. Será bueno para ti que leas el libro *Los Vencedores: Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación* publicado en la página: www.las-primicias.com.

que en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo Cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” 1 Corintios 12.13.

Por esta razón, ningún cristiano logra obtener revelación alguna de parte del Señor, porque tienen un espíritu distinto al que es anunciado en la Biblia, entonces todo el conocimiento que tienen de Dios es un conocimiento falso, es un conocimiento del alma, emanado de los príncipes de este mundo que están aliados con satanás: **“Pero hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que son reducidos a nada. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría que estaba oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de gloria” 1 Corintios 2.6-8.**

El genuino conocimiento de Dios —Su persona y obra— se puede obtener solamente mediante la revelación, que el Espíritu Santo da al espíritu humano de los hijos de Dios. Si no existe en los creyentes la diligencia en guardar la unidad del Espíritu, el espíritu que ellos reciben, no es el verdadero Espíritu de Dios y nunca

podrán tener revelación.

Seguramente querido lector, hasta hoy has estado matriculado en alguna iglesia cristiana, siguiendo a un líder distinto al Señor Jesús, quien es la Cabeza de la iglesia. Si esta es tu condición, te han engañado y el Señor viene a decirte hoy que debes volver tu corazón, seguir al verdadero Espíritu Santo y crecer en Él, hasta alcanzar la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. ¡De ti depende!

Una esperanza

Este es el tercer uno que resulta de la actitud que tenemos los hijos de Dios de guardar la unidad del Espíritu: “**una misma esperanza de vuestra vocación**” Efesios 4.4.

No sobra decir que la esperanza hace referencia a las cosas que esperamos y que la esperanza en combinación con la fe, hace parte de lo que Hebreos 11.1 determina como la fe: “**Ahora bien, la fe es lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve**”.

La vida de un creyente tiene tres pilares fundamentales que debemos vivir diariamente: “**acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de vuestra obra de**

fe, de vuestro trabajo de amor y de vuestra perseverancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo”
1 Tesalonicenses 1.3.

El primer pilar es la fe y tiene que ver con creer y recibir hechos que ya pasaron, que son realidad desde el pasado. Por ejemplo, nosotros no vimos nacer a Jesús, pero damos sustantividad al hecho de que Él nació de María, de la misma manera que nacen todos los humanos.

Tampoco vimos cuando Él fue a la cruz para morir y destruir a satanás y de paso nos limpió de todas las inmundicias que ese vil había inoculado en nosotros, durante 4.000 años.

Ninguno de nosotros vio resucitado a Jesús, pero creemos que Dios lo levantó de los muertos y que como Espíritu vivificante vino y se metió en nosotros y ahora tenemos todas las riquezas de Dios morando en nuestro espíritu, y las disfrutamos cada día de nuestro vivir.

No vimos a Jesús ascender, pero creemos que Él subió y se sentó a la diestra de la majestad en las alturas y no solo que ascendió, sino que nos llevó con Él y estamos sentados en lugares celestiales con Él. Hoy tene-

mos pleno acceso al trono de Dios y disfrutamos Su gracia y Su misericordia.

En fin, la fe es tan extensa y grande como Dios mismo, y nunca alcanzaríamos a describirla en su totalidad.

El segundo pilar de nuestro vivir en el cuerpo, es el amor: “**de vuestro trabajo de amor**” y ese amor es la persona de Dios mismo —Dios es amor— que trabaja diariamente en nosotros en la medida que nos disponemos a disfrutarlo.

El amor no es un sentimiento que a veces sentimos por Dios y por el prójimo, sino que es la persona de Dios mismo, que dependiendo de nuestra disposición, se trabaja en nosotros y nos llena con Su amor.

En la medida que Dios nos va llenando de amor, Él se manifiesta como amor para Él mismo, para nuestros semejantes y para nosotros mismos: “**En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros primero**” 1 Juan 4.10. El genuino amor es iniciativa de Dios.

Amar a Dios y al prójimo no es un asunto de esforzarnos para amar,

sino que en la medida que Dios nos llena de Su amor, espontáneamente amamos a Dios y amamos al prójimo y nos amamos en Él: “**Jesús le dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”. Este es el grande y primer mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo**” Mateo 22.37-39.

El vivir de un creyente que vive la realidad del cuerpo de Cristo es un vivir de amor, pero insistimos que el amor no puede emanar del esfuerzo que tú haces para amar a Dios y al prójimo, sino que fluye espontáneamente del amor con que Dios llena diariamente tu corazón, en la medida que te acercas a Él y le permites llenarte.

¡No te esfuerces por amar a Dios y al prójimo! Simplemente, disfruta al Señor, Sus riquezas, y de manera espontánea amarás al Señor, amarás a tu cónyuge, a tus hijos, a tus semejantes y te amarás a ti mismo.

Llegando así al **tercer pilar** de la vida de un creyente y que es el punto que estamos tratando en el tercer uno resultante de la diligencia en guardar la unidad del Espíritu: la esperanza.

Las personas que están en el cris-

tianismo —incluidos los pocos creyentes genuinos que hay en esa religión— tienen la esperanza de que un día el Señor regrese y los lleve al cielo, esperan que cuando mueran vayan al cielo, esperan que su futuro sea mejor, que el Señor les provea sus necesidades financieras, sentimentales y tienen su esperanza en un poco de cosas vanas, en las que el Señor no tiene ninguna esperanza.

En la primera oración que el Espíritu liberó en Efesios 1 por medio de Pablo, después de que él rogó al Señor que nos concediera un espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo a Él y de que alumbrara los ojos de nuestro corazón, dice para qué pide eso al Señor: “**para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado**” Efesios 1.18.

Hay una esperanza a la que el Señor nos llamó. ¿Cuál es? Es necesario que tú, apreciado lector, te acerques al trono de la gracia y le pidas al Señor que te conceda Espíritu de sabiduría y de revelación, que alumbra los ojos de tu corazón, para que puedas saber y entender cuál es la esperanza a la que el Señor te ha llamado.

Esa esperanza no es nada distin-

to a la meta, a la cual el Señor quiere que lleguemos: “**el misterio que había estado oculto desde los siglos y desde las generaciones, pero que ahora ha sido manifestado a Sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria**” Colosenses 1.26-27.

“**Cristo en nosotros la esperanza de gloria**”. ¿Qué quiere decir? La meta que el Señor nos ha dado a Sus hijos es que Cristo sea en nosotros la esperanza de gloria, es decir que lleguemos a ser Su gloria y esa gloria no se refiere a que gritemos como hacen los cristianos: “gloria a Dios”, sino **que Cristo crezca en nosotros, sea formado en nosotros hasta que lo expresemos plenamente en nuestro vivir.**

Glorificar a Dios es expresarlo, manifestarlo, vivirlo: “**Yo te he glorificado en la tierra, acabando la obra que me diste que hiciese...Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros**” Juan 14.4; Gálatas 4.19.

La esperanza que todo creyente ha de tener es que Cristo sea formado totalmente en él, y se alcanza disfrutando diariamente todas las riquezas del Señor, que han sido puestas en su

corazón, desde el día que recibió al Señor creyendo en Su nombre.

No debes olvidar que Dios te predestinó antes de la fundación del mundo para que seas conformado a la imagen de Su Hijo y para que seas santo y sin mancha delante de Él **“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos... según nos escogió en El antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor, predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo”** Romanos 8.29; Efesios 1.4-5.

La esperanza que el Señor nos ha dado, la meta que nos fijó es que nosotros lleguemos a ser iguales al Hijo, en vida y naturaleza y esto es posible mediante el disfrute que tenemos cada día de todas Sus riquezas, que hoy están en nuestro espíritu.

La esperanza es el tercer uno que se da en aquellos hijos de Dios que son diligentes en guardar la unidad del Espíritu. ¡En tus manos está alcanzarlo!

Un Señor

Avanzamos un poco más en las

consecuencias de ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu y así llegamos a **un Señor**.

“Pues, aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo, o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para Él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de Él” 1 Corintios 8.5-6.

Los cristianos que militan en cualquiera de las ramas del cristianismo son politeístas, es decir, tienen muchos dioses. Si se trata de los católicos —romanos y ortodoxos— tienen a todos los dioses del paganismo antiguo, convertidos en santas, santos, vírgenes y beatos.

Si se trata de los cristianos protestantes o evangélicos, tienen como su señor al pastor, líder o reverendo, aunque unos y otros evocan en su hablar al Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero sus corazones están lejos del Señor: **“Él les dijo: Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: “Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de Mí. Pues en vano me rinden culto, enseñando mandamientos de hombres como enseñanzas”. Dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres”** Marcos 7.6-8.

Todo el cristianismo está lleno de tradiciones y en sus ritos y su vivir deshonoran al Señor, no importa que digan que Jesús es el Señor, como es el lema de algunos grupos cristianos de corte pentecostal; sin importar si nombran al Padre, al Hijo o al Espíritu Santo, como es el caso de los dos catolicismos. Esas actitudes no pasan de ser tradiciones de los hombres.

Hay un grupo cristiano que se encuentra extendido por buena parte de la tierra y tienen como actividad principal invocar el nombre del Señor y colocan en ello una particularidad, consistente en proclamar en alta voz la frase “¡Oh, Señor Jesús!”, generalmente lo repiten por tres veces, en cualquier actividad que realicen, especialmente cuando oran. Es como un lema de combate.

Estos cristianos aducen como base para su invocar los versículos bíblicos donde se anuncia que todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo, y no se dan cuenta que han convertido el invocar en una tradición de hombres, en un rezo similar a los rezos católicos del Padre nuestro y el ave María, una repetición sin sentido, sin realidad del se-

ñorío de Jesús: “**¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que Yo digo?**” Lucas 6.46.

Si bien es cierto que el invocar es totalmente bíblico, es igualmente cierto que ese llamar al Señor sin realidad, no lo es.

En el tribunal de Cristo, el Señor reprochará duramente a aquellos hijos de Dios que se dedicaron a invocar, pero nunca hicieron la voluntad del Padre: “**No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchas obras poderosas? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad**” Mateo 7.21-23.

Cuando el Señor Jesús nos enseñó a orar en Mateo 6.5-15 nos pidió que no usásemos vanas repeticiones como hacen los gentiles, porque esas vanas repeticiones son palabrería que ofende al Señor. En Su enseñanza de la oración nos pide que santifiquemos el nombre del Padre; las vanas repeticiones deshonoran el nombre del Señor.

El Señor Jesús en Su enseñanza

acerca de la oración, no pidió que repitiésemos la frase “**¡Oh, Señor Jesús!**” muchas veces, sino que Su enseñanza acerca de la oración es muy distinta, y al respecto, puedes encontrar mucha revelación en el libro ***La oración en el Espíritu*** publicado en la página: www.las-primicias.com.

Invocar de manera genuina implica mi sumisión al señorío de Jesús, permitirle en mi vida que Él sea mi Señor, mi cabeza, mi gobernante, mi soberano y que sea todo en mi.

Invocar al Señor implica que Él es mi primer amor, es decir, es el primero en mis pensamientos, palabras y hechos y eso quiere decir que nada de lo que pienso, hablo y actúo, está fuera de Su voluntad y señorío. No olvides que para entrar en el reino de los cielos el único requisito indispensable es hacer la voluntad del Padre. Por más que invoques con vanas repeticiones, si no buscas hacer la voluntad del Padre, o dicho con más propiedad, si no permites que el Padre haga Su voluntad en ti, nunca entrarás en el reino de los cielos; por el contrario, lo perderás y quedarás fuera.

¿Permitirás que Jesús sea tu Señor? O seguirás teniendo señores distintos a Él. ¡Tú eres el único que puedes decidirlo!

Una fe

Es el quinto uno, resultado espontáneo de ser diligente en guardar la unidad del Espíritu.

Si preguntas a cualquier cristiano qué es la fe, te responderá que la fe es Dios, que es Cristo, o te contestará con el primer versículo de Hebreos 11: “**Ahora bien, la fe es lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve**”.

Los cristianos acostumbran a recitar de memoria versículos de la Biblia, pero no tienen realidad de la palabra de Dios y convierten los versículos que recitan en letra muerta, debido a que les falta revelación en su espíritu, y no tienen revelación porque no disponen su espíritu para buscarla, sino que se conforman con la comida llena de muerte que les suministra su líder.

Un principio muy importante que deben observar los hijos de Dios para poder conocer la persona y la obra del Señor, es que deben ir al trono de

la gracia y suplicarle al Señor que les conceda un espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él.

La fe, en primer lugar, tiene que ver con hechos del pasado que el Señor hizo y suministró a Sus hijos.

A ningún ser humano contemporáneo le consta que Jesús haya nacido en Belén, que haya vivido en carne por más de treinta años, que haya muerto y resucitado, que haya ascendido y sido glorificado y que haya venido como el Espíritu Santo para bautizar a los Suyos, es decir, para introducirlos en Dios, pero los hijos de Dios nos atenemos a los testigos que en los tiempos correspondientes, vieron todos esos hechos hermosos y que para testimonio a nosotros los escribieron y esos escritos hoy están recopilados en ese maravilloso libro que conocemos como la Biblia.

No hay ningún libro en el universo, distinto a la Biblia, que pueda darnos un testimonio veraz de Dios, del hombre y del plan de Dios para nosotros, pero de la Biblia debemos extraer la palabra de Dios que es aquella que el Señor Espíritu nos habla en nuestro espíritu humano,

siempre que lo buscamos: “**las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida**” Juan 6.62.

Solamente cuando las palabras que están en la Biblia salen de la boca del Señor para nuestro espíritu, son espíritu y son vida.

Si abordamos el asunto de la fe desde nuestro espíritu, encontraremos que la fe tiene dos aspectos: el primero, la fe es un sustantivo y un sustantivo se refiere a una persona, a la persona de Dios. A este aspecto de la fe, los estudiosos de la Biblia le han llamado **la fe objetiva**.

Entonces la fe objetiva contiene todo lo que Dios es. Dios es una persona maravillosa y elevada que tiene una enorme cantidad de atributos que son Su esencia, Su persona, tales como amor —Dios es amor—; igualmente Dios es vida, la vida eterna, la vida que no envejece y que nunca se agota; Dios es justicia, en Él no hay nada incorrecto, ni injusto; Dios es santidad, Él está separado de todo aquello que es común y en Él no puede haber ni una brizna de inmundicia; Dios es luz y en Él no hay nada de tinieblas y como luz vence las ti-

nieblas; Dios es soberano, hace todo lo que ha determinado en Su voluntad y nadie puede estorbarlo, y está por encima de todos los seres que ha creado, no hay nada ni nadie que esté por encima de Él.

Otro atributo de Dios es Su plenitud, Él es completo, nada falta en Él, en Su vida no hay carencia de nada y todo lo que nosotros necesitamos está en Él. Un atributo más de Dios es Su sabiduría. No hay en el universo un ser más sabio que nuestro Señor: todo lo conoce, todo lo sabe y en cuanto a Su sabiduría nadie puede superarlo.

Dios es fiel y como tal siempre está dispuesto para nosotros; Su fidelidad le impide negarse a Sí mismo. Mientras todo ser humano en su naturaleza caída es mentiroso, Dios es veraz, porque es la verdad misma. La verdad no es un concepto filosófico sino una persona; Dios: **“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la realidad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí... Antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso”** Juan 14.6; Romanos 3.4.

Un atributo más que podemos encontrar en nuestro Señor es Su sinceridad; Su palabra está llena de

sinceridad, en ella no hay sombra de hipocresía. Igualmente, en Dios encontramos bondad, misericordia, compasión, consolación, benignidad, paciencia, perseverancia, celo, inmutabilidad, inmortalidad, gloria, honra, majestad, autoridad, poder y muchos otros atributos que no nombraremos en aras de la poca extensión de este bolsilibro.

Cuando el Señor creó al hombre puso en él una cantidad de virtudes que son como vasitos que deben ser llenados con los atributos de Dios y entre muchas otras virtudes encontramos la humildad, la paciencia, la bondad, el amor, la fe, la esperanza, el dominio propio, la mansedumbre, la paz, virtudes que, en la medida que permitimos que Él las llene, resulta en que por medio de ellas, expresamos la persona de Dios, y ese es el propósito que Dios tuvo al crear en nosotros un alma humana, que es Su semejanza, con el fin de que Él nos llene y nosotros expresemos Sus atributos como virtudes.⁸

La fe objetiva también incluye

8. Recomendamos la lectura del libro Los Atributos y las Virtudes de Dios publicado en la página: www.las-primicias.com

la obra de redención que el Señor realizó a favor de Sus hijos que son hombres y mujeres que Él ha escogido desde antes de la fundación del mundo para que seamos Su familia, Su cuerpo, Su iglesia y Su expresión.

La obra de redención comienza con la encarnación mediante la cual Dios tomó a una mujer judía, la embarazó y de ese embarazo nació Jesús, que es Dios mezclado con la humanidad, el cual es y ha sido Su propósito eterno.

Una vez que Jesús nació —Dios y hombre mezclados—, tuvo un vivir humano superior a 30 años, en el que expresó la plenitud de Dios, es decir, como hombre Jesús no pensó, dijo ni hizo nada que no lo hiciera Dios en Él, dándonos así ejemplo para que en todo nuestro vivir agrademos al Padre en nuestros pensamientos, palabras y hechos.

Después de haber vivido agradando en todo al Padre, el Señor Jesús fue a la cruz y murió, con el fin de acabar y aniquilar a satanás y toda Su obra y limpiarnos de toda la inmunidia que ese maligno había puesto en nuestra vida, para separarnos de

Dios. Igualmente, el Señor mediante Su muerte nos limpió y nos preparó para que tuviésemos la capacidad de recibirlo y mezclarnos con Él.

El Señor Jesús no quedó en la muerte, sino que al tercer día después de morir, resucitó y con Su resurrección acabó aquello con lo que el enemigo nos tenía atemorizados: la muerte, y además se sopló en nosotros como el Espíritu Santo y así nos hizo uno con Dios, es decir, nos mezcló con Él, se hizo uno con nosotros.

Cuarenta días después de que hubo resucitado, ascendió de manera visible al trono de Dios y entró en la gloria que había tenido con el Padre antes de que creara el universo y la tierra. Pero Él no ascendió solo, sino que juntamente con Él nos introdujo en Su gloria y hoy podemos disfrutarla sin límites ni restricción: **“y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús”** Efesios 2.6.

Diez días después de Su ascensión vino como el Espíritu Santo y nos bautizó, es decir nos introdujo en Él, no solo para que Él sea uno con

nosotros, sino que nosotros seamos uno con Él. De esta manera completó Su obra de redención⁹.

Todo lo que el Señor es e hizo mediante Su obra de redención, lo ha puesto en nuestro espíritu desde el momento en que lo recibimos creyendo en Su nombre, con el fin de que ejercitemos la fe subjetiva, que es el segundo aspecto de la fe.

La fe subjetiva no es un sustantivo, sino un verbo, y el verbo implica acción, es decir, la fe subjetiva hace referencia a lo que nosotros creemos de la fe objetiva y tiene que ver con recibir. En la medida en que nosotros recibimos creyendo todo lo que el Señor es y lo que hizo en Su obra de redención, nuestra fe subjetiva crece y entre más recibimos más crece, hasta que llega ser igual a la fe objetiva. En ese momento, Dios ha llenado totalmente nuestro corazón de Su persona y de Su obra de redención, entonces habremos llegado a la unidad de la fe: **“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”** Efesios 4.13.

9. Sobre la realidad del bautismo puedes encontrar mucha luz en el bolsilibro ***El Bautismo*** publicado en la página www.las-primicias.com

¿Cómo hacemos para que la fe subjetiva crezca? No lo lograremos haciendo esfuerzos para ser mejores; tampoco lo lograremos matriculándonos en uno de los millones de grupos que tiene el cristianismo; no hacemos que la fe subjetiva crezca en nosotros practicando un sin número de enseñanzas que practican los cristianos y mucho menos siguiendo a uno de los millones de líderes cristianos que se erigen como los siervos de Dios, como los enviados o como los ungidos. Ninguno de esos métodos es útil para que nuestra fe crezca hasta llegar a la unidad de la fe.

Hay un camino único que hace a nuestra fe crecer: consiste en **disfrutar la fe objetiva que el Señor ha puesto en nuestro espíritu humano** y en la medida que ponemos nuestra mente en ese espíritu, es decir, en la medida que pensamos en las delicias que el Señor ha puesto en nuestro espíritu como la fe objetiva, que a la vez es la gracia, nuestro creer va creciendo y sin darnos cuenta, el Señor va llenando la totalidad de nuestro corazón y espontáneamente, llegamos a la unidad de la fe. En este punto estamos listos para entrar en

el reino de los cielos, para ser vencedores como las primicias y para entrar en el pleno disfrute de todo lo que es el Señor y lo que ha realizado a nuestro favor.

Este es el quinto uno, resultado de ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu.

Un bautismo

Es el sexto uno que vivimos los hijos de Dios que somos diligentes en guardar la unidad del Espíritu: un solo bautismo.

Este tema es poco conocido por los cristianos, porque entre los católicos y protestantes no hay ninguna revelación acerca del bautismo. Ellos consideran que bautizarse es hacer una ceremonia religiosa que consiste en meterse en una cantidad determinada de agua que puede haber en un río, en una laguna, en una piscina o en un bautisterio, en el caso de los evangélicos; o ser rociado por un cura en una pileta, que los católicos llaman pila bautismal, cuando la persona es un niño, teniendo como testigos a los padres del bebé y a unas personas que llaman padrinos. Con

esto, el catolicismo asegura que el bautizado será toda su vida un católico y nunca podrá salir de esa prisión, en que satanás lo declara su súbdito.

El bautismo genuino establecido por el Señor y que es el resultado de que los hijos de Dios seamos diligentes en guardar la unidad del Espíritu es muy diferente a lo que tú conoces y practicas¹⁰.

La palabra bautismo es traducida de la palabra griega **ebaptizen** y su significado **es sumergir, cubrir, introducir en**. Así pues, el bautismo en el Espíritu Santo —el bautismo establecido por Dios— consiste en introducir a las personas en Dios: **“Por tanto, id, y haced discípulos entre las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”** Mateo 28.19.

Cuando el Señor dice que hagan discípulos entre las naciones y esos discípulos se hacen bautizándolos en, la preposición **en** es traducida de la preposición griega **eis** que quiere decir **dentro de**. Una vez más se confirma el verdadero significado del bautismo: **meter dentro de, in-**

10. Puedes obtener más revelación sobre el tema en el bolsilibro **El Bautismo** publicado en la página www.las-primicias.com

troducir, cubrir.

Si quieres obedecer el mandato del Señor de hacer discípulos entre las naciones, ahora ya sabes que los discípulos se hacen metiéndolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Notarás que hay un solo nombre y no tres y ese nombre pertenece al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Por esta razón Pedro al anunciar el evangelio con los once, el día de Pentecostés, pide a los judíos que se compungieron de corazón y preguntaron qué debían hacer: **“Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”** Hechos 2.37-38.

Mientras el Señor dijo que bautizaran a los discípulos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Pedro dice en Hechos 2 que se bauticen en el nombre de Jesucristo. ¿Contradicción? No, complemento. El nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu es Jesucristo, porque hay un solo Dios y ese Dios único es Padre,

hijo y Espíritu Santo.

Aún más, antes de ascender, el Señor Jesús llevó a Sus discípulos al Monte de los Olivos y entre otras cosas dijo lo siguiente: **“Porque Juan bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de no muchos días”** Hechos 1.5.

Jesús no dice aquí que serían bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, tampoco que serían bautizados en el nombre de Jesucristo, sino en el Espíritu Santo. Esto quiere decir que bautizarse en el Espíritu Santo o en el nombre de Jesucristo o en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es lo mismo, porque se trata de ser introducidos en el Dios que es uno y únicamente uno, pero a la vez es tres.

Cuando una persona que ha sido escogida por el Señor antes de la fundación del mundo y recibe al Señor Jesús creyendo en Su nombre, Dios viene a morar en su espíritu humano y a la vez esa persona es introducida en el Señor-Espíritu, es bautizada dentro de Dios.

Este bautismo es diferente al de Juan Bautista, quien sumergía a las

personas en agua para arrepentimiento, pero él mismo advirtió que después de él vendría uno que traería el verdadero bautismo: “**Yo os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, a quien yo no soy digno de llevarle las sandalias, es más fuerte que yo; Él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego**” Mateo 3.11.

Para que una persona sea bautizada en el Espíritu Santo es indispensable que haya sido escogida por el Señor en la eternidad pasada; en el tiempo la persona cree en el Señor Jesús, lo recibe y automáticamente en su espíritu empieza a morar el Señor y a la vez es introducida —bautizada— en el Espíritu Santo.

Así las cosas, el bautismo en el Espíritu Santo es un hecho que se da espontáneamente, cuando una persona cree en el nombre del Señor Jesús y lo recibe en su espíritu. En ese momento Dios se ha introducido en la persona y a la vez el creyente es introducido en Dios.

Como este hecho es intangible, es decir, no se ve, en algunos casos el nuevo creyente es bautizado en agua, como testimonio exterior de la realidad del bautismo que ha ocurrido en

su interior; sin embargo, en Pentecostés no se habla de agua. Más bien ese bautismo en agua fue practicado por Felipe, pero siempre hace referencia al bautismo de Juan. No hubo agua el día de Pentecostés.

Cuando Felipe predicó a Jesucristo en Samaria fueron muchos los samaritanos que creyeron en el Señor y Felipe los bautizó en el nombre del Señor Jesús, pero ese bautismo no fue en el Espíritu Santo, porque cuando los apóstoles tuvieron noticia de que en Samaria habían creído, enviaron a Pedro y a Juan, quienes les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo: **“Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaría había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales bajaron y oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo”** Hechos 8.14-17.

Una vez que Pedro y Juan descendieron a Samaria e impusieron las manos sobre los samaritanos que creyeron, se dio para ellos el bautismo del Espíritu Santo, el genuino bautismo establecido por Dios.

Cuando Pedro abrió la puerta del reino para los gentiles en la casa de Cornelio, mientras hablaba las palabras que el Señor le daba, el Espíritu Santo vino sobre los que oían la palabra y fueron llenos interior y exteriormente de Él. Como testimonio visible de que los gentiles habían sido introducidos en Dios como parte de la iglesia y que el Señor moraba también en ellos, hubo un bautismo en agua: **“Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían la palabra... ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros? Y mandó bautizarles en el nombre de Jesucristo”** Hechos 10.44, 47-48.

Notarás que en la casa de Cornelio el bautismo en agua ocurrió solamente después de que los nuevos creyentes fueron bautizados en el Espíritu Santo. El bautismo en agua fue una confirmación exterior de lo que había ocurrido en el interior de los hermanos.

En el cristianismo, debido a la falta de revelación, practican el bautismo en agua, que termina por no ser auténtico, porque tanto católicos como evangélicos bautizan a perso-

nas que en la inmensa mayoría de los casos no han sido escogidas por Dios y nunca pueden llegar a ser creyentes, regenerados, ni hijos de Dios.

A los cristianos les interesa aumentar el número de feligreses en sus grupos, e introducen en ellos a falsos creyentes que Dios nunca reconoce como Sus hijos.

No olvides que el bautismo en el Espíritu Santo es la introducción de los creyentes en Dios y es el sexto uno resultante de la unidad del Espíritu, que desde ya debes ser diligente en guardar.

Un Dios y Padre

El séptimo uno que es resultado de que los hijos de Dios sean diligentes en guardar la unidad del Espíritu, es que vivimos en un solo Padre que es sobre todos, en todos y por medio de todos: “**un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos**” Efesios 4.6.

El hecho de que Dios sea nuestro Padre tiene un significado que en esta era no alcanzamos a comprender cabalmente. Tú no llamas tu padre a cualquier hombre, sino que ese trato está restringido para aquel varón que

te engendró. Dios es nuestro Padre porque Él nos engendró y al engendrarnos nos hizo participantes de Su naturaleza divina, nos dio Su vida.

Ahora somos de la especie de Dios, aunque seguimos siendo humanos, no solo tenemos la vida humana, sino que Dios nos ha dado Su vida, nos hizo hijos Suyos y nos ha hecho parte de Su familia. Conformamos la familia más elevada que existe en el universo: la familia de Dios.

Cuando el Señor Jesús nos enseñó a orar dijo: “**Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará... Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro**” Mateo 6.6, 9. Esto quiere decir que las únicas personas que pueden dirigirse al Padre en oración son los hijos de Dios.

Para que una persona llegue a ser un hijo de Dios deben darse algunas condiciones.

Que haya sido escogida por Dios en la eternidad pasada: “**según nos escogió en El antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor**” Efesios 1.4. Ningún ser humano que no haya sido escogido por el Se-

ñor llegará a ser Su hijo y en consecuencia nunca será salvo.

Además de ser escogido, el hijo de Dios debió ser predestinado, también en la eternidad. Predestinar es dar un destino anticipado y el Señor predestinó a Sus hijos para que sean conformados a la imagen de Su hijo Jesucristo: **“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos”** Romanos 8.29.

Todos aquellos que fueron escogidos y predestinados en la eternidad, fueron llamados en el tiempo y en ese llamamiento fueron justificados y glorificados: **“Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”** Romanos 8.30.

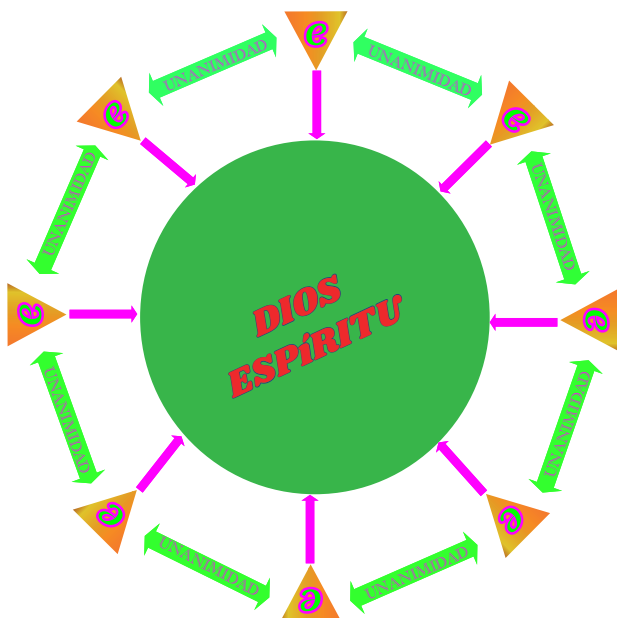
Cuando el Señor llama a los escogidos, estos creen en el nombre del Señor Jesús y lo reciben, son engendrados por Dios y se convierten en Sus hijos: **“A lo Suyo vino, y los Suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de Voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino [son engendrados] de Dios”** Juan 1.11-13.

Solamente en personas que se dé este proceso completo, son hijos de Dios, los demás humanos son solamente criaturas, pero no hijos.

Únicamente los hijos de Dios tienen la capacidad de guardar la unidad del Espíritu y solamente ellos son la iglesia, el cuerpo de Cristo y si vivimos la realidad de la iglesia podemos guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

LA UNANIMIDAD

La consecuencia inmediata de ser diligentes en guardar la unidad del



Espíritu es la unanimidad. La palabra unanimidad se deriva de la palabra griega ***súmpsujos*** y su significado en español es ***de una sola alma, de un mismo sentir***.

El pasaje bíblico que puede darnos mayor claridad sobre la unanimidad está en 1 Corintios 1.9-10: “**Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor. Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer**”.

Dios nos ha llamado, a ti, a mí y a todos Sus hijos, a la única comunión, la de Su hijo Jesucristo nuestro Señor, y esa comunión es la misma comunión del Espíritu y la comunión del Padre y del Hijo. Cuando estamos en esa comunión, estamos siendo diligentes en guardar la unidad del Espíritu.

Culminamos con otro gráfico para mostrar la unanimidad, enfatizando que esta solo es posible entre hermanos que son diligentes en guardar la unidad del Espíritu.

Cuando dos hijos de Dios, o tres o cuatro o cinco, o diez o veinte o cien,

o mil, están en la comunión única, están siendo diligentes en guardar la unidad del Espíritu y como consecuencia lógica ellos son unánimes, es decir son de una sola alma y esa misma alma se expresa en lo dicho por el versículo 10 de 1 Corintios 1, en otras palabras, esos hijos de Dios tienen las siguientes características:

- Hablan una misma cosa, tienen el mismo hablar, pero ese hablar no es el hablar de un hermano, sino el hablar del Hijo, el hablar del Espíritu Santo.

- No hay entre ellos divisiones. Hijos de Dios que son unánimes nunca pueden dividirse. La palabra **di-vi-sión** está conformada por el prefijo **di** que quiere decir dos, y **visión**, es decir, esos hijos de Dios tienen una visión única, pero esa visión única no es la visión de un hermano, sino la visión de nuestro Señor Jesucristo, el Espíritu Santo.

- Están perfectamente unidos. Debido a que tienen la única visión del Espíritu Santo, nuestra unidad es tan fuerte que no hay un solo resquicio, ninguna rendija por donde satanás pueda entrar a engañarnos.

- Son del mismo sentir. Hermanos que son unánimes no tienen sentires distintos al único sentir que tiene el Espíritu Santo. No se trata aquí del sentir de uno u otro hermano o el concepto de un líder, sino el sentimiento que en cada ocasión tiene nuestro Señor Jesucristo y que transmite a cada santo por medio del espíritu humano.

- Un mismo parecer. El Espíritu Santo tiene conceptos claros y definidos sobre los asuntos de Su iglesia y cuando somos diligentes en guardar la unidad del Espíritu, consecuentemente llegamos a tener el parecer, el concepto y el deseo que tiene el Señor en los asuntos de Su cuerpo.

El vivir de la iglesia

En la iglesia, durante los primeros días de su manifestación, los hermanos eran diligentes en guardar la unidad del Espíritu y fueron unánimes, es decir, eran de una sola alma.

Inmediatamente después de que el Señor ascendió, los ciento veinte santos fueron al aposento alto y allí **“Todos éstos perseveraban unánimes en oración”** Hechos 1.14.

Cuando hay diligencia en guardar la unidad del Espíritu y como consecuencia los hijos de Dios son unánimes, ahí está la iglesia genuina y en ese ambiente el Espíritu Santo puede hacer Su voluntad, tal como ocurrió el día de Pentecostés, al comienzo del capítulo 2 de Hechos: “**Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen**” Hechos 2.1-4.

En esa ocasión fue el Espíritu quien hizo todas las cosas: Llenó exteriormente a los discípulos y habló por medio de ellos lo que deseó hablar. En la genuina iglesia, la iglesia del Señor no puede haber un hablar de ningún creyente, no puede hablar nadie distinto al Espíritu Santo. Si bien es cierto que Él no lo hace directamente, sino que usa los miembros del cuerpo como quiere, es igualmente cierto que no puede haber ningún hablar distinto al Señor.

Esta es la razón por la cual las iglesias cristianas nunca podrán llegar a

la unidad, porque esta se logra solamente viviendo en la única comunión a la que el Señor nos llamó y teniendo el hablar, la visión, el sentir y el parecer que el Señor-Espíritu quiere expresar por medio de cada uno de los miembros de la iglesia, Su cuerpo.

Cuando todo esto es realidad en la iglesia, podemos cumplir el anhelo del Señor expresado en Romanos 15.6: “**para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo**”.

Esperamos apreciado lector, que puedas romper los paradigmas que a lo largo de los años satanás ha sembrado en tu corazón y puedas vivir la unidad del Espíritu y la unanimidad con los hermanos y así el Señor pueda tener Su iglesia en la tierra.

¡Tú puedes lograrlo!